

EL ÚLTIMO SOLDADO A CABALLO

Una nota del autor

El 9 de marzo del año 1916, los soldados del general revolucionario Pancho Villa atacaron Columbus, Nuevo México. Quemaron edificios, robaron caballos, armas y munición y mataron a dieciocho ciudadanos y soldados. Villa perdió unos ochenta hombres en esa breve batalla, cuyos cuerpos fueron apilados y quemados en un descampado a las afueras de la ciudad. Otros cinco fueron capturados y ejecutados sumariamente. Podemos imaginar la conmoción que se extendió a lo largo del país, ya que los Estados Unidos no estaban acostumbrados a experimentar ataques tan audaces.

La razón por la que Pancho Villa llevó a cabo ese temerario ataque nunca ha quedado clara. Algunos dicen que fue porque un hombre de negocios norteamericano lo engañó en un trato para comprar armas. Otros dicen que fue en venganza por lo ocurrido en la batalla de Agua Prieta. El 1 de noviembre de 1915, Villa había llevado a cabo un audaz ataque nocturno a este enclave fronterizo fuertemente fortificado. Cercado por vastas trincheras, alambre de púas y ametralladoras, situado estratégicamente, Agua Prieta resultaba impenetrable. En cualquier caso, a la una treinta de la madrugada ordenó cargar a su caballería. De pronto el campo de batalla quedó iluminado por reflectores, cuyos rayos no sólo dejaron al descubierto el asalto, sino que

deslumbraron y cegaron a los asaltantes. Las ametralladoras surgieron en campos brillantemente iluminados de fuego cruzado. Al otro lado del último de los soldados fronterizos a caballo, los ciudadanos de Douglas, Arizona, llenaron las calles para contemplar cómo las bobinas de alambre de espino se enredaban en las patas de los caballos, silbaban y se retorcían a lo largo del suelo del desierto. Fue una carnicería. Villa se enteraría más tarde de que los reflectores funcionaban con la electricidad norteamericana.

Como represalia por el ataque de 1916 a Columbus, Nuevo México, una expedición mandada por el general John Pershing atravesó la frontera con la audaz intención de capturar o matar a Pancho Villa, y fue allí, en México, un país en el sexto año de una sangrienta revolución con muchos bandos, donde lo antiguo y lo moderno entraron en colisión. Fue allí, persiguiendo a Villa, donde el ejército empleó por primera vez camiones y automóviles, con recuas de mulas transportando la gasolina. Fue allí donde el endeble Jenny se abatió sobre el desierto en el primer uso del reconocimiento aéreo. Incluso Hollywood estaba allí. Según *Los Angeles Times*, dos años antes de la tristemente célebre incursión sobre Columbus, Nuevo México, Pancho Villa firmó un contrato con la Mutual Film Corporation para filmarle en plena batalla —«a la luz del día si es posible»— a cambio de 25 000 dólares.

Pero fue la ametralladora la que lo cambió todo. El nuevo invento de Hiram Maxim aumentaba exponencialmente la velocidad de disparo en combate. Mientras el rifle de cerrojo Lee-Enfeld podía disparar quince balas por minuto, una ametralladora Maxim disparaba unas seiscientas por minuto. Aquel avance tecnológico resultaba tan devastador, tan horrible de contemplar, que la ametralladora se comercializó realmente como un arma del juicio final, un arma capaz de tanta destrucción mutua que supondría el final de las guerras y garantizaría una paz duradera.

Pero, como sabemos, no fue eso lo que sucedió. Cuando la vorágine de la Revolución mexicana ya llevaba seis años de caos y matanzas, la I Guerra Mundial (1914-1918) cumplía su tercer año en Europa. Un día de ese verano, las tropas británicas salieron de sus trincheras y se adentraron en tierra de nadie, con el terreno lleno de cráteres de obuses, embarrado, convertido en una maraña de alambre de púas, erizado de ametralladoras. Sólo ese día los británicos sufrieron 57 000 bajas mientras trataban de tomar las líneas alemanas, el día más sangriento en la historia del ejército británico y una de las operaciones militares más sangrientas que se recuerdan. En aquella guerra, los Estados Unidos aún no se habían involucrado. Seguían calentando motores en México.

Lejana estrella brillante comienza una fatídica mañana del verano de 1916 en los desiertos de México. Napoleón y Jenofonte Childs, los hijos ya entrados en años de un oficial de la Guerra Civil, son ellos mismos oficiales en la Caballería de los Estados Unidos y los últimos soldados a caballo. Ya han pasado varios meses inútiles en México a la busca de Pancho Villa. Esa mañana en particular, Napoleón se prepara para conducir una patrulla de rutina a través de la magnífica, violenta y poco explorada Sierra Madre, siguiendo la búsqueda continua del ejército. Traté de capturar las vidas de esos soldados a caballo en la cúspide de ese mundo cambiante. Cuando esos soldados de caballería se adentraron en México, tenían más en común con los antiguos griegos que con la Dodge Brother Company, que fabricaba los turismos de cinco pasajeros que los siguieron. Aquella era su última oportunidad, y lo sabían, la última para esos hombres y sus magníficas monturas. A partir de entonces, la carne sucumbiría al plomo y al acero, los corazones a los motores y las máquinas. Era el final del mundo que conocían y el comienzo del que conocemos hoy.

Me pregunté cómo debió ser ese último mundo mientras un siglo se desangraba en otro. Me pregunté por el final no sólo de las vidas, sino de los legados. Me pregunté no sólo por el dolor de las madres, las esposas y las novias, sino por el dolor congregado que crecía y se apagaba y marcaba a toda la humanidad mientras el siglo xx hacía pedazos el xix. Para la historia tenemos historiadores, y yo no soy historiador. En *Lejana estrella brillante* traté de detener el implacable avance del tiempo, de concentrarme en unos pocos días y en unos pocos hombres, el último de los soldados a caballo, y en los hermosos animales que apreciaron y lo que les sucedió. Como digo, tenemos historiadores para la historia, pero ¿qué hay de la historia de una hora, de un minuto, de un segundo? ¿La historia del momento final de un hombre en el torbellino abrumador de la batalla campal? Qué celeridad, qué irrevocables y despiadados, qué dolorosos los hechos desnudos de lo que dura una batalla. Para eso necesitamos a otro tipo de cronista.

Parece que nunca hemos dejado de estar en guerra —nuestro mundo, nuestro país, nuestra gente—, y hay quienes, entre nosotros, cuando se hace la solemne llamada, están dispuestos a responder. Parece constituir la sangre que fluye a través de nosotros. Es nuestra herencia.

En cuanto a Pancho Villa, nunca lo atrapamos. De hecho, no llegamos ni a verlo.